

I.

La tonta hecha desde Agosto; pero no era probable que pudiera lucirla antes de Noviembre, y él tenía que marchar á Madrid á principios de Octubre con objeto de empezar sus estudios universitarios.

Lo que á Andrés le contrariaba que en verano no se gastase capa puede apreciarse cualquiera de los lectores recordando la época en que él se puso la primera.

Todas las brisas algo frescas de aquel Setiembre le parecían á Andrés fríos polares. —La verdad es que si continúa esto así va á haber que acudir á la capa—solía decir á su novia.

—¡Calla, hombre, por Dios! Si hace hasta calor... Tú no estás bueno estos días... ¡Ah! ya sé lo que es: que te han hecho una, y tienes gana de lucirla.

Andrés, muy corrido de que le hubiesen descubierto su secreto, se apresuró á contestar:

—¿Quién? ¿Yo? No por cierto... Aún no me he ocupado de esos preparativos...

—Pues ya me gustaría á mí verte con capa—añadió la niña con un cierto tono en que su amante creyó oír expresada la duda de que á él le estuviera bien aquella prenda. —Puede que me la haga—dijo simulando malamente el aire de indiferencia de quien no presta atención á estas cosas.

II.

El primer día que el estudiante se presentó abrigado en el claustro de la Universidad, la opinión de sus compañeros fué unánime. Andrés no sabía llevar la capa.

Había creído el infeliz que para gastar capa no había más que descolgarla de la percha y colgarla de los hombros, sin que este acto obligara en modo alguno al que iba debajo á transformarse, bajo la influencia de aquella prenda, en un sér distinto del que era en las demás ocasiones y con cualquier otro traje, ni, una vez puesta, á ocuparse más de ella que del sombrero que le protegía la cabeza, ó del alero de los tejados que le guardaba del gotear de los canalones... Que apretaba el frío: pues se echaba el embozo á la cara, y á vivir. Que no había necesidad de ello: se la dejaba que pendiera sobre el cuerpo...

¡Aviado estaba!
—Mira, la capa se pone así—le dijo uno de Medicina, saliendo del grupo de los burlescos.

Y revolviéndose, como perro que se expulga, dentro de la suya para hacerla venir adelante, así de su ala izquierda llamándola al lado opuesto hasta cubrirse con ella toda la parte anterior del cuerpo, dobló luego en correcta pala el embozo contrario, cogió del paño adyacente tres pliegues, inclinóse luego como para que le bendijeran, y después de imprimir á la media capa derecha un movimiento de vaivén como se hace con la honda para arrojar la piedra, quedó embozado á la media vuelta entre el ruidoso aplauso de los que presenciaban la faena, y rompió á andar quebrando exageradamente el cuerpo y dejándose caer y alzar alternativamente sobre ambas piernas como si pisara en un suelo de goma.

—¡Viva toda tu familia!—decían en el grupo.

—¡Eso es canela!

—¿Qué canela? ¡Chocolate de á diez reales!

—¡Aire, que pasa!...

Andrés, asombrado, se preguntaba á sí mismo quién le había mandado á él meterse en libros de caballería.

Sin embargo, cuando volvía á casa, meditó más sereno... ¡Quién sabe si no era todo ello envidia á su capa nueva!

Mas como quiera que en los diferentes ensayos hechos bajo el consejo de algunos de sus colegas no lograra nuestro hombre aprender cuanto para llevarla bien se necesitaba, al fin dió de mano á este arte y huyó de volver á usar la malhadada prenda en tanto tuviera que asistir á cátedra.

Allá en su pueblo, por Pascua de Navidad, ya sería otra cosa. Cierta es que su novia había dudado de que él pudiera vestir bien aquello; pero acaso al verle no participase de la opinión de los estudiantes.

III.

Llegaron, por fin, las vacaciones, y, vuelto á su casa, Andrés encontró bien pronto ocasión de avistarse con su novia, que no me puedo acordar cómo se llamaba.

Era una noche fría y lluviosa: terrible de veras. Atento el galán á tapar con su paraguas á la dama, que había dado el suyo á la

fidélisima criada, y á resguardarse él mismo del agua, se veía obligado á poner menos esmero que nunca en el buen efecto de su arreo...

—¡También la niña encontró que á su novio le sentaba mal la capa!

—Sin que te ofendas, Andresillo—le dijo,—tienes tú muy poca gracia para llevar eso.

—Vaya, pues aquí se acabó la historia—pensó él.—¡En cuánto vaya á casa la hago trizas!

Y seguía el pobre, desalentado y rojo de vergüenza, su camino, tapando cuidadosamente á la novia y recibiendo él toda el agua sobre la odiada vestimenta, que le pesaba ya en los hombros como si sobre ellos le hubieran echado una de las que cubren á los reyes godos de la Plaza de Oriente.

En estas y las otras llegó á arrearar de tal manera la lluvia, que Andrés juzgó insuficiente la defensa del paraguas para proteger á la niña, y se obstinó en cederle la capa para que se envolviera en ella... Por allí nadie los veía. Siquiera hasta entrar más en poblado podía ir abrigada... De tal manera insistió, que al fin su Dulcinea hubo de acceder, y con gentil donaire tomó de manos de Andrés todo aquel tesoro de paño naevo y le echó sobre los hombros diciendo al tiempo que se embozaba:

—Mira, esto se pone así... Verás...

—¿También esta me vendrá á mí á decir—pensó el pobre hombre—cómo se pone esto?...

—Bien puedes decir que te has salvado en una tabla—le iba diciendo más tarde á la propia prenda, camino de casa.—¡Oh! no, ya no te haré fajas como pensaba: lo que te haré, en cuanto tenga dinero, será un armario para ti sola, que te guarde como están guardadas en las iglesias las ricas vestiduras... No volverás á dar calor á mi cuerpo, porque no, porque está visto que no sé llevarte. Y si esa mujer, que al fin lo es, me olvida—añadió en un raptó de feroz romanticismo—juro al cielo que entonces sí, entonces volveré á usarte, para cubrir mi rostro y que no me vean llorar en la calle; mi llanto caerá sobre este mismo embozo que ella ha consagrado con su aliento!...

IV.

De vuelta en la Corte, Andrés, fiel á su juramento, no volvió á oponer á los helados aires del Guadarrama otra defensa que la del menguado gabán con que se abrigaba en las noches de verano.

Envuelto en él llegaba aterido á cátedra todas las mañanas, envidiando aquella sal y sandunga que, al decir de ellos mismos, iban derramando sus compañeros, con cuyas teorías sobre el modo de llevar la capa no estaba, con todo y con eso, conforme.

«¿Por qué había de exigir tal prenda aquel afeminado conde y aquellos ademanes chulescos que sus amigos, de aire fino y señoril en las demás ocasiones, juzgaban inherentes á aquel abrigo? ¿Quién les había dicho á ellos que los antiguos españoles iban haciendo esas tonterías por la calle? ¿En qué cuadro de la época, en qué comedia de Lope ó de Calderón, ó en qué romance de Zorrilla, se ve á ninguno de aquellos galanes, reyes del donaire y la elegancia, embozados así, con el embozo traído hasta adelante á guisa de corbatín?... Lo que lograrán esos flamencos es hacer aborrecible el traje más español á los hombres de buen gusto.»

Ante sus compañeros de hospedaje al menos, únicos ante quienes Andrés se atrevía á hacer estas predicaciones, no le valía de gran cosa su elocuencia, y seguían todos conjurándole á que bajo ningún pretexto volviese á vestir capa.

Hasta que uno de ellos—temiendo que, á pesar de todo, cayera Andrés en la tentación de ponérsela, á obedeciendo á otros móviles más bastardos y de propia conveniencia—decidió quitársela de casa y darla á guardar á cierto sujeto, antiguo aliado suyo, cuya generosidad llegaba hasta el punto de dar dinero por hacer aquel servicio.

Cuando el legítimo dueño de la prenda se enteró de que ésta había sido empeñada, no halló á mano modo mejor de reclamarla del infiel amigo que emprendiéndola con él á sopapo limpio... Luis—que así se llamaba el amigo—era más fuerte, y sus sopapos nada dejaban que desear en punto á limpieza y rapidez de sucesión...

El encuentro fué terrible. Si Luis llevaba la mejor parte de fuerza, Andrés la llevaba de ira y se obstinaba en no retirar el duro epíteto con que había apostrofaído á su compañero. Rodaban las sillas, retrocedía la me-

sa, vacilaba la lámpara suspendida del techo... Al fin Andrés, arrollado por su contendiente, fué á dar con la cabeza en el borde de una de las vidrieras del balcón. Al ver que brotaba sangre de la herida, Luis cesó en sus golpes y, sintiendo cambiar sus lágrimas de rabia en llanto de compasión, acudió corriendo á levantar á su amigo...

V.

Echada sobre la cama en que el herido convalecía de su leve lesión, yacía la causa de tantas amarguras, sirviendo de algo por vez primera á su dueño y tratando de pagarle con el dulce calor que daba á sus pies el valor que aquel había demostrado al recuperarla.

Luis, sentado junto al lecho, entretenía las ociosas horas de su amigo.

—Con el mismo Zuavo—le decía Andrés—me hubiese yo batido por esta capa. A sable, á pistola, á lo que él hubiera querido. ¿Te he contado yo alguna vez la leyenda de este pedazo de paño? ¿te he hablado de las memorias que guarda para mí esta prenda?

—Sí. Pero te advierto que estoy dispuesto á escucharlo otras dos ó tres veces.

—Pues mira. Fué en vacaciones...

La patrona, entrando en la habitación con su carta para Andrés, vino á interrumpir su relato.

Era letra de un amigo y paisano de Andrés, encargado por éste de indagar la causa del silencio de su amada, de quien ya no parecía por Madrid una carta hacía dos ó tres semanas... ¡En qué ocasión! cuando él andaba descalabrándose contra las puertas por culpa de ella!

Hé aquí lo más sustancioso de la carta acabada de llegar:

«Si es que, á cambio de tu cabeza rota, has recobrado ya la dichosa capa, sirvan estos renglones para avisarte que puedes, desde luego, entregársela á un pobre. Esto, suponiendo que, como dices, la guardes sólo á título de recuerdo de tu Dulcinea: es ya público en la ciudad que ha entablado relaciones con aquel García, á quien llamábamos en la escuela *El Torerín*, hombre cuyo principal mérito consiste, al decir de las gentes, en llevar aquella prenda con mucha gracia.»

Andrés se quedó pensativo... Después tiró violentamente del cordón de la campanilla.

—¡Que venga su hijo!—dijo á la patrona cuando ésta acudió al llamamiento.

La orden fué cumplimentada al punto.

—A ver, Perico; tú que tenías tantas ganas de una capa, ponte esa, á ver cómo te está.

El muchacho obedeció.

—Anda un poco—siguió Andrés.—Embózate ahora...

Perico, lleno de alegría, iba haciendo todo según se le mandaba.

—¡No, hijo, no! Trae acá eso. ¡Para llevarla así, más vale que cojas una pulmonía á la vuelta de la primera esquina!...

CASA-AJENA.

MADRID.

11 de noviembre.

Ya sabrán los lectores de EL ATLANTICO que se cantó en el teatro Real *La Africana*, y que salió de una manera deplorable. La tiple y el tenor, el eminente Gayarre, como le llamamos, estuvieron tan bien como acostumbra, y alcanzaron una ovación muy grande; pero todos los demás parecían cantantes de teatros de aldeas.

El público salió disgustado de la representación, y la prensa dirigió algunas indirectas á la dirección artística del regio coliseo; pero la cosa no pasó de ahí.

Habían entrado en contaduría una porción de miles de duros, y la Empresa iba contenta en el machito, suponiendo, y con razón, que todas las noches que se presentara á cantar Gayarre entrarían otros tantos.

Pero—aquí entra lo grave—parece que la Empresa del teatro Real debía una respetable cantidad al Estado por no se que concepto, y que el ministro de Hacienda ha dado en la manía de que la tiene que pagar.

Con este motivo, se habla de embargos y de otra infinidad de cosas que ponen al empresario de la ópera en muy mala situación.

Los periódicos que pretenden representar á la *hipe life* madrileña han emprendido durante estos últimos días una campaña en favor de la ópera subvencionada; pero parece que el señor Puigcerver, que sin duda no es filarmónico, no se ablanda.

Dicen los tales papeles que en París se pagan tantos y tantos miles de francos al teatro de la Ópera, y que en Londres sucede lo mismo, y que en Berlín y en Viena y en San Petersburgo ocurre lo propio, y que es una vergüenza que en España se atreva el Gobierno á pedir unos miles de pesetas al empresario del Real, bajo el frívolo pretexto de que le proporciona un magnífico edificio para el espectáculo. Parece que esta exigencia de nuestros gobernantes nos pone á la punta de la cola de la civilización.

¡Miren ustedes dónde está á veces el toque de los adelantos modernos!

Si los vecinos de Cueto y Peña-Castillo pagasen su cuota para que se pudiera subvencionar un teatro de ópera en el cual se divirtieran los madrileños, es cosa segura que en el primer Congreso europeo declararían á España potencia de primer orden.

Pero nada: que se conoce que el Sr. Puigcerver, como ministro recién salido del horno, no está fuerte en achaques diplomáticos, y el hombre se empeña en que se le pague lo que á la Hacienda se debe, aunque el que tenga que aprontar el dinero sea empresario de ópera italiana.

Y de aquí un desbarajuste en el Real que no hay quien le entienda. Todos los días se suspende la ópera anunciada, y Gayarre no acaba de cantar por segunda vez *La Africana*, según dicen en el teatro, porque está ronco.

Pero también hay mucho que hablar de esa ronquera; es decir, hablan mucho de ella los murmuradores, que nunca faltan.

Aunque no sea más que para que ustedes vean hasta qué extremo llegan los calumniadores, he de repetir una de las versiones que por ahí circulan, y que probablemente será falsa.

Dícese que Gayarre no sale á cantar si previamente no recibe las seis mil pesetas que gana, ó, mejor dicho, que cobra, que, aunque parece lo mismo, no lo es; y dícese que el segundo día que se anunció *La Africana* no parecieron las seis mil pesetas á la hora convenida, y que el tenor se impresionó tanto, que se quedó sin voz.

De aquí deducen las gentes una consecuencia que, si la primera resultase cierta, se debe confesar que es lógica.

Hoy se ha suspendido la ópera anunciada por indisposición de Uetam, según rezan los carteles, y todo el mundo pregunta:—¿Tendrá la empresa en el bolsillo el medicamento que podría curar radicalmente al notable bajo catalán?

Excuso decir á ustedes que la respuesta sería afirmativa, en concepto de los más, si la pregunta estuviera formulada de otro modo.

Que tenga la Empresa en el bolsillo el medicamento, hay muchos que lo dudan, porque si le tuviera, no sería tan dura de corazón que no se le aplicase; pero lo que se afirma unánimemente es que tan sólo el medicamento en cuestión puede curar la enfermedad de Uetam.

De todos modos, resulta que el ministro de Hacienda tira por un lado, y los cantantes por otro, y que, por consecuencia, la Empresa va á salir descuartizada.

Y entre tanto, también el público, aficionado á la buena música, sufre su martirio.

Desde que se fué Tamagno, y descartando una parte de *La Africana*, no han oído en el Real cosa que merezca la pena de oírse. La compañía está compuesta de toreros de invierno, á quienes costaría pasar en Viti-gudino, y de tres *estrellas*—según el término técnico—la Kupfer, Gayarre y Uetam: las notabilidades no cantan, sea por lo que fuere, y resulta que se están presentando las obras de una manera deplorable.

El año anterior tuvimos *Crispino* á turno diario, y en el presente, á juzgar por las señales, nos darán *Gioconda* una noche sí y otra también.

¡Y si siquiera fuesen bien cantadas!

Nada, nada, hay que mover eso de la subvención á ver si conseguimos que el ministro se apiade de la ópera italiana, que, como ustedes ven, es una cosa muy importante para los españoles.

Horroriza pensar en las consecuencias que traería para nuestros elegantes de ambos sexos la clausura del Teatro Real.

No, no esperamos que Puigcerver, por malas entrañas que tenga, que no las tendrá, consienta una vergüenza semejante.

Aunque haya que subir un poquito las contribuciones, ¿qué importa? ¿En qué cosa mejor hemos de emplear nuestro dinero?

No se le podrá proporcionar un placer mayor al aldeano montañés, por ejemplo, que el que le cause el recaudador cuando, al presentarle el recibo de su cuota, le diga:

—Algo más subido que el anterior es; pero consiste en que el Gobierno tiene que pagar veinticuatro mil reales diarios á uno que hace gorgoritos en Madrid.

S. DE TRASMERA.

DETRAS DE LOS MIOS.

Desde hace algunos días estoy convencido de una porción de cosas, «plenamente convencido», como oigo decir siempre que se habla de convencimiento. Lo mismo creía yo antes en la política, que en los pronósticos de el *Calendario Zaragozano* y ahora lo creo to lo en punto á consecuencia, á ideales y á dignidad de los partidos; y hasta estoy dispuesto á creer, con unos días de anticipación, cualquier cosa que quieran decirme.

Pienso con el filósofo que el hombre es un animal esencialmente político, y por lo tanto, que España está plagada de animales políticos y de políticos animales, aunque esto no lo dijo ningún sabio. Aquí el que más, y el que menos, tiene su política en su armario: el relojero habla de regularizar la administración; el maestro de obras, de cimentar las instituciones; el maestro de escuela, cansado de tener el estómago vacante, predica sobre principios sólidos, y el zapatero que me calza, no sé dónde diablos leyó: «que el hombre tiene un fin muy alto que cumplir y una misión muy elevada que llenar», y no sabe lo que le pasa, no da maldita la puntada, y nos mira á todos por encima del hombro, como si los demás no tuviéramos nuestras correspondientes misiones elevadas. Hay otra clase de hombres que lanzan una ojeada despectiva sobre nuestro organismo político, y renegando de este país, prometen emigrar como las golondrinas.

¡Oh los ideales, los ideales políticos! La vocación política, que todos poseemos! Yo creo que todos nacimos para presentarnos diputados y hasta voy á incomodarme sino me dejan legislar una temporada... Todos estamos obligados á velar por los destinos de la patria, sobre todo por los de cuatro ó cinco mil reales en Hacienda. En fin, que nos da el naípe por la política, por firmar la nómina y por tener ideales.

De mí puedo decir que me siento tan político como el más pintado, y que soy capaz de hacer manifestaciones y afiliarme á un partido de los que quieren medrar á la sombra de un jefe de esos infalibles, como los buenos pistones.

Aquí la cuestión está en tener enemigos.

¿Qué puede esperarse de un hombre que no puede decir «mis enemigos esto, mis enemigos lo otro», cuando llega la ocasión? Nadie sabe la importancia que da un mis de esta naturaleza... ¡Vamos, que sin estas cosas se marcha uno del mundo sin saber lo que son placeres!

Dióme por afeitarme el otro día, y aunque no soy amigo de ponerme en manos de esos hombres, que viven de que al prójimo le crezca el pelo, decidíme á entrar en una barbería. Al subir la escalera oí gran estruendo de voces y palabras. Serán los parroquianos—dije para mí,—que antes de afeitarse quieren señalar los derrotos á la política. Por fin, abrí la puerta, penetré en el local y vi diez ó doce bocas abiertas frente á mí, y que me lanzaron esta frase: ¿qué hay de política? El barbero suspendió por un momento la delicada tarea de segar una patilla, y volviéndose hacia mí navaja en mano: ¿qué hay de política? me preguntó. Un instante después la discusión reanimóse, es decir, volvieron las manos temblorosas á agitarse, volvieron los

añuelos á enjugar el sudor de las frentes, detrás de las cuales bullían mil disparates; contellaron os ojos, rechinaron las sillas jo el peso de aquellos energúmenos y voron por el salón mil palabrotas como patriotismo! ¡ideales! ¡consecuencias!!!

Había allí un señor muy gordo que, aprovechando la ocasión de que su enemigo político estaba en manos del barbero y no podía contestar, no cesaba de increparle. El contrincante, mientras le pasaban la navaja por la mejilla, mirábase con ojos de hiena.

—Esoo no es diñidnaaad; eso es profundamente ilegítimoooo—decía el señor gordo,—y contra ese hecho protesta la conciencia nacional, y el sentido intimo... de los pueblos... ¿He dicho algo? (Pausa.) Ha pasado la época de las coacciones, y de los amamos, y de las mistificaciones... todo ha cambeado, y si no, mire usted la Historia, que está conforme conmigo... ¿He dicho algo?

Aquí paró el orador, me arrebató el cigarro de la mano, hospite in salutato, para encender el suyo, y después que lo hubo sobado lo suficiente por el sitio que se chupa, y que accionó con él en la siniestra, durante un minuto, me lo devolvió. Por supuesto, me dió las gracias con un movimiento de mano, po que la boca la usa él para cosas más importantes.

En esto apareció en la puerta un mequetrefe que vestía sombrero de copa alta, mordía un mondadientes... y dejaba adivinar, no sé en qué cosa, que siendo dueño de sí mismo, era poseedor de un majadero.

—¿Qué hay de política?—volvieron á preguntar todos.

El recién llegada sonrió satisfecho, y vino á saludarme.

—¿Qué tal de oposiciones?—le pregunté.

—¿Qué quiere usted!... política... una arbitrariedad...

—¿Conque estuvo usted desgraciado?

—No... precisamente... la política...

—De modo que estuvo usted fuerte...

—Como un roble, hombre... (baja la voz); la política... (y me da una palmadita en el hombro) la consecuencia... (otra palmada) los odios de partido... (otra) las influencias... (otra). ¡Ya ve usted! ¿Qué me valía conocer los puntos? ¡No puede uno figurarse! No se pueden manifestar las ideas...

—Sobre todo cuando no las hay.

—En fin, día llegará...

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Pues nada: escribir á papá diciéndole la verdad: que me han sacrificado en aras de la política; que anduvieron por el medio los enemigos, y encargarle que no ceje un instante en oponerse á todo lo que huela á ministerialismo.... y, por fin, esperar que vengan los míos.

—Quiénes son los suyos, ¿los que no llevan plaza?

—¡Los del partido, hombre!...

En esto interrumpiéonos la voz poderosa del señor gordo, que decía dirigiéndose á otro:

—¡Eso es una apostasiaaa

—Permítame Vd.—le contestaban.

—No está lejos el día en que todo se pague. Deje Vd. que vengan los míos.

—Permítame Vd.—y el buen señor no no salía de esto.

Por lo visto aquí todos los males se remediaron el día en que vengan los nuestros —pensé,—y salí de la peluquería dispuesto á no parar hasta tener míos.

En cuanto puse el pie en la calle metíome un chiquillo un papel por los ojos: ¡La Política! caballero cómpreme Vd., ¡La Política!

En las miradas de todos los transeuntes se me figuró que leía: ¿Qué hay de política? ¿Vendrán los míos?

Entré en un café, y en una mesa reconoci á un capitán estancado (hace 15 años cumplidos) que tomaba té en compañía de dos amigos. ¿Qué hay de política? me preguntaron. Y en seguida siguieron hablando y dando puñetazos en el mármol, porque así se habla aquí de política.

—¿No le parece á Vd.—me dijo uno,—no está Vd. conforme, no cree Vd., como yo, no es Vd. de opinión, no está Vd. convencido de que todas estas diferencias, todas estas anomalías, y estas controversias habrán de desaparecer... para dar paso...

—¡Oh, sí, señor!

—Mucha instrucción al pueblo—decía otro dando con la caja de cerillas en la mesa—es lo que hace falta... Muchos principios, ¿no le parece que este es el modo?... En fin, todo se andará, ¿no es eso?... Estas cosas quieren... la... la evolución, ¿no es eso? Vamos, lo principal...

—Oh, sí, lo principal son los principios.

—Justamente... Vendrán los míos, y ascenderemos—dijo el capitán postergado por causa de los malditos ideales.

Salí del café con la cabeza echa un horno. El ruido de las fichas del dominó, la política, los ideales, la luz del gas, los disparates de los que aguardan por los suyos, me habían mareado. ¡Oh, aquí todo el mundo tiene suyos, todo el mundo espera que los ideales políticos se conviertan en solicitudes. la consecuencia en galones, la estupidez en jefe de oficina y la adulación en nómina... Este es el milagro de los nuestros, de los míos y de los suyos... ¿Quién habla aquí de ideales? ¿Qué es eso de ideales? Se me antoja cosa de comer.

Al entrar en mi casa me dijo la criada: —Señorito, está la sopa.

—¡Cómo!—dije medio delirando,—¿han llegado los nuestros?

ERNESTO AMAD.

TRY.

¡Qué agilidad la de aquel cuerpo! Qué elasticidad, qué fuerza en sus músculos! Aquellos miembros parecían hechos de acero templado; eran flexibles como una hoja de Toledo, resistentes como una armadura de Milán. ¡Y qué chistes tan oportunos, qué muecas tan graciosas intercalaba el artista entre sus ejercicios!

Indudablemente, Try era el mejor clown que se había presentado en aquel circo; y bien lo demostraba la numerosa y constante concurrencia que asistía á contemplar sus arriesgados saltos y á desternillarse de risa escuchando sus agudas ocurrencias. Try era la great attraction de la temporada, y no había gomoso que no imitara sus gracias, ni mujer un poco chic que no las aplaudiera. Aun los mismos filósofos y hombres graves se dignaban sonreír, pagando así tributo á la gracia del clown de moda.

En fin, que Try era la ultima ratio en su arte, bien lo sabían, por su dicha, el empresario, que llenaba sus bolsillos de oro, y por su desgracia, Torik, el clown destronado, que había tenido que descender de su alto puesto para cedérselo á su nuevo compañero. Para Try eran las risas, los regalos, la aprobación, los aplausos; para Torik el silencio, la indiferencia, peor mil veces que la bochornosa silba que hubiese causado la ruptura de su contrata.

Si Try se había captado, no ya las simpatías, sino la adulación del público, que venía ya dispuesto á vitorearle, en cambio se había creado un enemigo mortal en Torik, á quien la ruin envidia y los celos artísticos no le permitían comprender la superioridad de su compañero. Jamás le perdonaría esta derrota, que en un momento le había hecho perder los laureles alcanzados en largas campañas.

Pero el público no comprendía estas razones, y seguía aplaudiendo á Try y posponiendo á Torik.

El favorito, no obstante, jamás insultó con su desprecio ó con su compasión al vencido. Jamás su rostro impasible dejó conocer la satisfacción del vencedor, ni la confianza de la victoria segura, ni el alarde del que la busca.

Quizá, á fuerza de haberlos oído sonar tantas veces, ya los aplausos no excitaban en él más interés que el que le causaba el ruido de la lluvia sobre el empedrado de la calle.

En esta disposición, tranquilo y sosegado, le encontramos en su cuarto cambiando el usual traje de calle por la ropa de faena; pasando de hombre á clown, personas en él tan distintas, que había entre ellas la misma diferencia que existe entre un trozo de hielo y un chorro de lava.

Entretenido en este ejercicio, nos permite observar un momento su figura. Más que mediana la talla, esbelto el cuerpo, de atléticos miembros, de correctas y elegantes formas, que hubieran servido perfectamente de modelo al cincel de un escultor; rubio y rizado, el cabello, vigorosas las líneas de su rostro, que decían bien claro su origen sajón; sus ojos, lo más característico de su fisonomía, eran de un azul oscuro y sombrío, como si estuvieran siempre velados por las opacas brumas de su país, ojos fríos é indiferentes, de mirada breve y coeisa, que parecían no preguntar nada y saberlo todo, que jamás se fijaban en nadie ni se admiraban de nada, que miraban sin ver; en fin, si los ojos son el balón del alma, bien podía asegurarse que la de Try era muy poco curiosa, pues nadie la había visto asomarse á ellos.

¡Verdaderamente era muy extraño aquel hombre!

¿Qué misterio encerraba su vida? Nadie podía jactarse de conocerle, por más que sobre tal tema se inventaban las más absurdas hipótesis. Unos le suponían un excéntrico

lord que buscaba en tal oficio un remedio al spleen que corroía su espíritu; otros suponían en aquella existencia dramas y tragedias que la habían traído á aquel empleo, y aun había quien sospechara que Try buscaba en tan penoso oficio la absolución de algún pecado cuyo remordimiento le amargaba la vida.

Y esto, que parecía lo más inverosímil, era acaso lo más cierto, por más que Try expiaba una culpa, pero una culpa ajena, de la cual era inocente víctima.

Try era uno de esos infelices desheredados de la fortuna, hijos del misterio y de la noche; pobre flor nacida á la existencia sin más cuidados que los que el cielo le otorgara, jamás el cariño de sus padres endulzó sus penas, ni secó sus lágrimas; alma ardiente y apasionada, jamás encontró objeto en que depositar su cariño, ni halló su pie sino abrojos y espinas en el sendero de la vida.

No era una flor cuyo perfume se hubiese marchitado; por el contrario, su esencia, que jamás tuvo ocasión de manifestarse, se había ido concentrando y condensando en su interior, esperando, como la modesta violeta entre las hojas, que se tendiera una mano en busca de su aroma.

Tal era Try, el hombre en quien todos veían un manantial inagotable de chistes y chanzonetas, el hombre-salto, que parecía ser el más feliz y descuidado de los mortales, cuando era el más desgraciado de los seres.

¡Tener, como Rigoletto, que ganar su vida haciendo reír á las gentes mientras se lleva la desesperación en el alma!

Peroy Try ha terminado su obra; da la última mano á su tocado y se lanza á la pista. El público esperaba impaciente su salida, que fué anunciada con nutrida salva de aplausos.

¡Espléndido estaba aquella noche el Circo! Lo más selecto, lo más notable, todo lo más elegante y más chic se había reunido allí aquella noche.

Al principio se notaba una sensación de dolor en los ojos, que quedaban oscurecidos por los torrentes de luz que emanaban de cien focos eléctricos; luego que la vista se iba acostumbrado á tanta claridad, se iban percibiendo entre las ondas luminosas lindas cabezas, como empiezan á verse primero los elevados picos de la montaña entre la rota niebla; después se percibían ya con más claridad los contornos y las líneas de esbeltos talles, de lindos cuerpos, y, por fin, los palcos etajados de preciosísimas mujeres, de elegantes caballeros, y en el fondo, en lo alto, como sirviendo de marco á tan hermosa tela, se veía apretado y abigarrado conjunto de cabezas, que hablaban, se movían, reían, gesticulaban, marcando las diferentes impresiones que en sus dueños imprimía el espectáculo.

Pero la atención de Try fijábase solamente en los palcos, bien por ser lo más próximo ó por ser la parte principal del cuadro.

Por todas partes animaban este conjunto y daban relieve á esta pintura los múltiples colores de las plumas, los reflejos y las luces del oro y los diamantes, el brillo de tantos ojos, los diversos tonos de tantas telas, las sonrisas de tantas lindas bocas, el vaivén de tantos abanicos, el murmullo de tantas conversaciones, tantos preciosos rostros, tantas risas, tanta algazara, tanto regocijo, tanta belleza, tanta hermosura. Todo esto trastornaba el cerebro, ofuscaba la vista, parecían tan diversos objetos ser uno solo que giraba, bullía, rodaba, pasaba como una pesadilla por delante de los ojos; el vértigo invadía los sentidos: parecía que el circo se desplomaba; se sentía el frío del vahído en los nervios, la caída en el vacío...

Pero Try, con la calma y la impasibilidad que le daba el hábito de este ejercicio, dirigía su mirada fría é indiferente por los palcos con la confianza y tranquila indiferencia que siempre le acompañaban.

Entre los aplausos con que el público saludaba á su favorito, comenzó Try sus ejercicios, que arrancaban bravos de admiración.

Aquella noche Try se sobrepujaba á sí mismo; ¡qué saltos! ¡qué vueltas! ¡qué arrojos!

De pronto, al terminar uno de sus saltos más atrevidos, Try se detiene, sus miembros se paralizan, queda inmóvil, petrificado, la vista clavada en un palco; ya no aquella mirada muerta, helada, sin curiosidad, no, sino una mirada ardiente, llena de luz, llena de vida. Como un cadáver á quien se le aplica una corriente eléctrica, así parecía la mirada de Try haber renacido á nueva vida; aquellos ojos, que nunca miraron para ver, ahora se abrían ansiosos de buscar la luz, y esa luz entraba á borbotones por ellos, invadía aquel cerebro é iba fundiendo el hielo de aquella alma. Estas evoluciones de su espíritu se iban marcando en el rostro de Try: ¡aqueellos ojos miraban! ¡aquella boca sonreía! ¡plata por fin aquel corazón! ¡sentía aquel espíritu palpitar! ¡aquella carne! ¿Cuál era la causa que producía un fenómeno tan extraño? ¿Quién infundía el soplo de la vida en aquella fría estatua?... Siguiendo la dirección de la mirada de Try, se veían en un palco, entre una mata de cabellos de oro que

despedían reflejos luminosos y una boca que sonreía mostrando un hilo de perlas, unos ojos azules, dulces, sonrientes, vivos; ojos que hablaban directamente al alma, que hacían suponer una existencia dulce y tranquila, llena de no soñados goces, lejos, muy lejos de toda humana flaqueza.

Pero ¿qué veía en ellos Try para haber renacido á la existencia?

¡Oh! la revelación de todo un mundo que jamás había soñado; en aquella mirada vió él retratarse la admiración, la compasión, el cariño, el amor, ¡el placer, la dicha, la vida, de la cual él jamás había conocido sino el lado opuesto, el lado de la sombra y de la miseria, del frío y de la indiferencia... Sentía en su espíritu una emoción profunda y desconocida para él: el goce de la vida, el placer de la existencia; sintió brotar de su corazón sentimientos dulces y desconocidos que arrobaban su alma y le llevaban á otro mundo más alto, tan alto, que jamás logró él alcanzar en sus saltos.

Esta escena, rápida, casi instantánea, pasó desapercibida para la mayoría del público, que suponía que aquello era sólo un momento de descanso que tomaba el clown para continuar con más brío su ejercicio; y en efecto, pronto Try, repuesto de su emoción, nuevo Anteo que parecía tomar fuerza de la madre tierra, se lanzó otra vez por los aires entre los bravos y las palmas.

Y en aquellos giros inverosímiles, en aquellas volteretas imposibles, Try seguía todavía sintiendo sobre él la mirada de aquellos ojos azules, como ve el preso el rayo del sol por la elevada reja de su cárcel.

Detuvo, por fin, el impulso de su cuerpo; cayó sobre sus pies; saludó á la concurrencia, y su mirada fué á clavarse otra vez en el punto de atracción, en aquellos cabellos rubios y en aquellos ojos azules.

La mirada de Try, como la de aquellos cristianos que iban al sacrificio poniendo su pensamiento sólo en su Dios, encerraba todo el poder de su alma; pero por más que buscaba, no veía lo que antes había visto; aquellos ojos azules miraban como los demás ojos, con la indiferente admiración del espectador ante la habilidad del clown... ¡nada para el hombre!

Try vió hundirse de repente el castillo de sus ilusiones, sintió correr por sus nervios un frío horrible, vió desvanecerse la luz, sintió que algo se rompía en su pecho, y una mueca horrible crispó las facciones de su rostro. Una carcajada general acogió esta escena muda, y Try, rápido como la flecha despedida del arco, hendió los aires en un monstruoso salto, y desde inmensa altura extendió sus miembros y cayó, así extendido, produciendo un ruido seco al chocar contra el pavimento. Una bocanada de sangre brotó de su boca, ligera conmoción agitó sus miembros, y á los dos segundos su cuerpo era una masa inerte.

Un grito de pavor brotó de todas las gargantas; todos los espectadores se pusieron de pie como impulsados por un resorte, y luego todo fué confusiones, desmayos, gritos, mientras el cuerpo de Try, en medio de la pista, parecía el sangriento despojo de algún bárbaro sacrificio.

Al día siguiente anunciaban los periódicos en su sección de noticias la imprevista desgracia del conocido artista, y un poco más adelante, en los Espectáculos, la reaparición del aplaudido Torik.

A. O. DE LA T.

PAUL BERT.

El Tonkin, tumba de tantos infelices y de tantos héroes, tierra de maldición para la Francia, cuyas fiebres malignas y pestilentes pantanos han costado más vidas que las emponzoñadas flechas de los chinos enemigos, ha hecho una nueva víctima después de la de Garnier, Ririère, Courbet y otras, no por más humildes menos dolorosas.

La muerte de Paul Bert, Residente General de Francia, acaecida ayer en Hanoy, ha causado aquí una profunda y dolorosa impresión.

Ante la muerte de un hombre eminente que suecume en su puesto de honor y de combate, víctima del amor patrio, de la noble ambición de crear, abriendo las puertas del Oriente á la civilización de Occidente, un rico y poderoso imperio, no puede haber enemistades de partido ni diferencias de opinión ni de bandera que impidan olvidar un momento sus extravíos.

La nación francesa llorará la pérdida de un sabio ilustre, de un trabajador incansable, de un patriota convencido que, conocedor del peligro que arrostraba y huyendo de la lucha estéril de la política de pequeneces para consagrar toda su energía y toda su actividad á una obra de paz, de ciencia, de progreso y

de humanidad, ha muerto víctima de su deber y de su arrojo á cuatro mil leguas de distancia de la hermosa y risueña Borgoña, su país natal y su tierra predilecta.

Por violentas que hayan sido las diatribas lanzadas por Paul Bert contra la iglesia, por justas que sean las censuras que ha desencadenado la lucha por él sostenida contra el clero, es innegable que el hombre que acaba de bajar á la tumba merece nuestro respeto y nuestra admiración, porque era sincero enemigo de su exaltación impía y porque poseía una inteligencia de primer orden, aunque extraviada.

Si se hubiera contentado con los tranquilos laureles que concede la ciencia á sus proclares hijos, sin ambicionar los que concede la política perturbadora al tribuno y al sectario Paul Bert hubiera llegado á mayor altura y hubiera tal vez sido una de las lumbreras del siglo XIX. Fisiólogo eminente, anatomista de primer orden, observador profundo, investigador por naturaleza, estudioso y modesto por carácter, Paul Bert ha hecho trabajos de gran mérito. Sus estudios y observaciones acerca de la sensibilidad, de la influencia que ejercen los cambios de presión barométrica sobre los fenómenos de la vida, de la influencia del aire comprimido sobre las fermentaciones, son notabilísimos.

Importantes son también sus obras didácticas, entre las que citaré: *Los animales vertebrados, Anatomía y Fisiología comparadas, Experiencias sobre los movimientos de la sensitiva, La máquina humana, Fisiología comparada de la respiración*. Por último, las revistas científicas que durante largo tiempo publicó el periódico parisiense *La République Française* son de mucho mérito, y le valieron, si no estoy equivocado, el gran premio de 20.000 francos que concede cada año la Academia de Ciencias.

En el terreno de la ciencia, como en el de la política, ha encontrado Paul Bert contradiectores, por mejor decir, encarnizados enemigos. Sus trabajos de vivisección dieron lugar á ataques tan rudos como los que mereció su política anticlerical. Cuando Brown-Séquard, sucesor en la cátedra de la escuela de Francia de Claudio Bernard, prosiguió, casi en secreto, la obra comenzada por su ilustre predecesor, las experiencias similares de Paul Bert provocaron en la prensa empeñadas y reñidas discusiones, y desencadenaron sobre él la cólera de muchos que, bajo pretexto de piadosa sensibilidad hacia las pobres víctimas de la ciencia anatómica, cuyas entrañas en beneficio de la humanidad Paul Bert desgarraba con su escalpelo, se decían defensores de los infelices animales torturados y no eran en el fondo sino partidarios de opuestas escuelas ó adversarios y enemigos políticos.

Como hombre político, Paul Bert, que fué ministro de Instrucción pública con Gambetta, se distinguió por sus apasionados discursos y por sus proyectos de ley relativos á la separación de la Iglesia y el Estado, su caballo de batalla y su constante preocupación política. Su persecución contra la Iglesia le creó muchas enemistades, y la pasión de partido hajuntado en un mismo odio é injustamente al sectario y al hombre de ciencia. Como escritor, Paul Bert, aunque profundo, carecía de elegancia y galanura, y era, á veces, incorrecto, siempre brusco. Como orador, era, por el contrario, uno de los más galanes y elegantes del Parlamento francés. Como Residente de Francia en el Tonkin, no es posible decir lo que hubiera sido, porque no ha tenido tiempo para desarrollar sus planes. La misión que le fué encomendada era ardua y compleja, y seis meses no son tiempo suficiente para organizar el Anam y el Tonkin. Lo que es indudable es que Paul Bert se había consagrado en cuerpo y alma y con pasión, á su obra de patriotismo y de progreso y que la fiebre y la disenteria han abatido sin piedad al robusto y convencido obrero que la civilización europea había enviado á China y que ha sumergido como los buenos: héroe del trabajo y del progreso, víctima del deber.

Pío SILLAS.